

LA SOMBRA DE ANIKO



Según los
de la razón de
ritualidad. Su

Vuelvo, sin ninguna solución y contra todo consejo médico. Ya me estoy volviendo como ellos, no hay marcha atrás.

—Te vas a quedar ciega.

Fue la última frase que me dijo mi padre mientras encendía el flexo rojo que tengo atornillado al escritorio.

Hay frases que se heredan. Sobre el tronco de ADN lingüístico de las madres, como dispensadoras de lengua madre que son, los padres perpetran muescas imborrables. La máxima sobre la ceguera era una de ellas. En la red de habla y sentido que mi familia había ido tejiendo hasta el día en que empieza este texto, los ciegos y la escasa luz convivían mano a mano.

Quizá yo al dar palabras a estas incorpóreas presencias las estoy aniquilando. Quizá si pienso demasiado en ello, ya nadie más pueda en mi familia decir «Te vas a quedar ciego». Como si al ponerlo por escrito, las letras impresas actuaran como un conjuro capaz de romper la maldición de la amenaza de la ceguera en los emplazamientos lingüísticos de mi hogar de origen.

Los hogares se expanden. Las familias léxicas se enriquecen. ¿La gente se queda ciega por leer con poca luz? ¿Por qué si no tenemos esa certeza lo seguimos diciendo?

Seguimos. Cuando hablo en plural me refiero a nuestra familia.

En lo que va de relato he empleado siete veces la idea familia. La palabra familia.

Me marché a trabajar unos meses a Edimburgo, a un hotel llamado Creamfields, de la cadena multinacional Best Western. Tenía una compañera de piso islandesa. Como buena persona meridional, pierdo los papeles con cualquier atributo nórdico, así que caí fulminantemente enamorada de Aniko.

Me pasaba las mañanas mirándola hacer tareas del hogar mientras hacía tiempo para llegar al hotel. Yo trabajaba de tres a diez o de ocho a tres, en semanas alternas. Cuando trabajaba de mañana dedicaba las tardes a acompañar a Aniko a cualquier gestión o recado o visita que fuera menester. Vivía una existencia postiza fuera de mis horas de trabajo. Yo era una bella islandesa llamada Aniko. Yo fui una sombra.

Aniko tenía una piel prácticamente traslúcida. Unas vías lácteas de lunares oscuros —no pecas— constelaban sus piernas y su espalda. Lo sé porque yo dormía junto a Aniko, yo me duchaba con Aniko, yo iba a la piscina municipal con Aniko. Yo era Aniko.

Dejé de ser Aniko un 20 de septiembre, de golpe. Me puse a vomitar sobre la moqueta de la habitación 277 del Creamfields y mi *staff manager* marcó fríamente el teléfono de un médico mientras mandaba que alguien frotara la moqueta.

El médico, que era zurdo, me palpó los ganglios en primer lugar, me hizo sacar la lengua, me estudió las palmas de las manos sobre las suyas. Me mandó a un *Family planning* y a las siete de la tarde —hora española— tenía entre mis manos un test de embarazo positivo. Volví a vomitar y dejé de ser Aniko.

En nuestro imaginario, el aborto y Gran Bretaña están unidos con un halo de protección y cientos de libras. Aun así, volví a mi hogar meridional. Cogí el tren hasta Londres y salí desde Luton en el vuelo más inminente y barato hacia Madrid.

El ginecólogo me dijo que mi embarazo era un huevo huero.

Que no estaba embarazada. Yo sabía que lo que había pasado era que yo había fecundado mi deseo de ser Aniko.

El huevo huero era la Aniko que yo no podía ser.

Al poco de volver a Edimburgo, Aniko fue la que se quedó embarazada y no de mí, evidentemente.

Al quinto día de mi vuelta, Aniko me preguntó si yo no pensaba dejarla ni a sol ni a sombra (*Either sun nor shadow*). Me dijo que en su tierra el contacto físico era más limitado que «en las poblaciones» del Sur de las que yo procedía. Que su espacio vital era mayor que el mío y que por Dios la dejara en paz.

Seguí trabajando en el Creamfields, seguí comiendo sola en los Meadows, seguí viendo obras de teatro vespertinas, seguí volviendo a casa a esperar a Aniko.

La dejé en paz el tiempo suficiente para que volviera a dirigirme la palabra. Una tarde regresó antes de lo normal a casa y yo, por supuesto, la esperaba, sentada a la mesa de la cocina. Se encerró en el cuarto de baño y a los diez minutos vi una cara enrojecida y convulsionada que emitía un lapidario «*I'm pregnant, I'm pregnant*».

Le propuse a Aniko hacer una excursión al día siguiente al Arthur's Seat. Podríamos hacer fotos o emborracharnos. Ya que aún no sabía si iba a tener el niño o no, el alcohol y el aire de la montaña le darían la lucidez necesaria.

Aceptó de buena gana, incluso propuso llamar a algunos amigos, a lo que yo me mostré sonrientemente reacia.

Compré una botella de Rioja en el Sainsbury's —costó mi sueldo de un día—. Y así nos despertamos al día siguiente dispuestas a elevarnos a la Silla de Arturo, la montaña más alta de la ciudad. La tradición dice que cuando uno la sube a pie, consigue ver claramente cuáles son sus verdaderos deseos.

Allí arriba toqué el cielo, y no es una imagen. Aniko estuvo encantadora y se dejó fotografiar de todas las maneras. Yo volví a nacer. La borrachera fue divertida y acabamos haciendo la

croqueta por los repechos verdes y húmedos de algunas de las laderas hasta casi llegar a la base de la montaña.

Aniko nunca tuvo el hijo.

En el otoño dejé otra vez Londres para volver a Madrid.

Llegué a casa desde el aeropuerto a las seis de la mañana. Sin despertar a nadie, me quedé un buen rato mirando la portada del periódico del día anterior como quien mira una reliquia. No sé si se me hacía más raro que estuviera en castellano o que todavía alguien comprara el periódico todos los días, como se compra el pan.

—Te vas a quedar ciega —dijo mi padre desde la puerta de la habitación.

Y encendió un flexo rojo que tengo atornillado al escritorio.

La ciudad de nacimiento, como el nombre propio, es algo aleatorio y determinante. Pero una también puede cambiar de nombre. Y hasta de lengua madre, o al menos puede contaminarla con distintas capas de otras lenguas hasta inventar una nueva.

Me mudé a una ciudad más pequeña y desconocida, con la que nada me unía pero que parecía el mejor sitio para olvidarme de Aniko.

Una ciudad luminosa a la que llamaremos África.